



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9534

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

CONDICIONES:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 12 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

SABADO 12 DE AGOSTO DE 1893.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Canmartin, 61, y J. Jones, Faubour Montmartre, 31.

MUSEO COMERCIAL

EXPOSICIÓN PERMANENTE Y VENTA EN COMISION DE PRODUCTOS INDUSTRIALES

Sección agrícola: Arados.—Azufradores para la vid.—Taponadores.—Inertadores.—Bombas.—Norias.—Muebles para jardín.—Jarrones.—Guano insecticida.—Herramental completo para la agricultura.

Minas y Maquinaria: Máquinas y calderas de vapor.—Bombas.—Vías férreas.—Wagones.—Tuberías.—Tornillaje.—Cubas.—Cables.—Desincrustante.—Manufacturas de caucho y amianto.—Crisoles.—Candiles.—Barrenas.—Picos.—Legones.—Etc., etc.

Construcción: Chimeneas, pilas, escaleras y demás manufacturas de mármol.—Sifones, inodoros, tubos y codos de hierro para aguas y retretes.—Mosaicos y demás productos hidráulicos de mármol artificial.—Ladrillo hueco, teja plana, balaustrés, remates y jarrones de barro cocido.—Papeles pintados.—Mayólicas, etc., etc.

Mobiliario: Sillas.—Cómodas.—Mesas.—Camas.—Espejos.—Cajas de caudales.—Básculas, etc., etc.

PASAJE DE CONESA.—PUERTA DE MURCIA.

ECOS DE MADRID.

10 de Agosto de 1893.

No se quejarán los militares por falta de cariño. En algunas ciudades se formulan enérgicas protestas y se arman lamentables motines porque no quieren quedarse sin las capitánías generales ó sea sin guarnición. Cada cual en estos casos arrima el ascua á su sardina y si el comercio y los que arriendan casas sienten quedarse sin militares ó con pocos, no son las *Menegildas* las que menos trabajan para que no las priven de la siempre agradable y sabrosa compañía de los cabos, sargentos y hasta de los soldados rasos.

Pero todas esas agitaciones que alteran tristemente la monotonía de la vida en algunas ciudades y que no son muy á propósito para ofrecernos un porvenir tranquilizador, apenas tienen eco en la villa y corte.

Madrid, es decir el Madrid popular, tanto en los bajos como en los altos no piensa más que en divertirse. Verbenas en Maravillas en honor de los Santos Justo y Pastor; verbenas en los clásicos barrios de la Chulería para celebrar á San Cayetano y San Lorenzo. ¡Pero qué verbenas! La que menos dura tres días con sus tres noches. ¡Y qué lujo de farolillos de colores, de arcos de follaje y de salones de baile improvisados!

Es indescriptible la alegría que reina en esas fiestas y en honor de la verdad hay que reconocer que el buen humor de los que en ellas toman parte se mantiene en los límites de la más plausible prudencia.

Ya no hay aquellas riñas que terminaban á puñaladas. Las discusiones se arreglan en el acto amistosamente y todos se divierten sin que tengan que intervenir el Juzgado

de guardia ni los médicos de las Casas de Socorro.

Pero no todos los habitantes de la villa coronada participan de esta franca y bonachona alegría. El número de los desesperados aumenta, los suicidios se multiplican y hasta un enfermo que estaba en cura en el Hospital ha atentado á su vida.

Un horroroso incendio estalló una de las últimas noches en una casa de la calle del Barquillo y como siempre ocurre en estos casos se pudo ver una vez más que los medios de salvamento de que dispone el municipio dejan bastante que desear. Los habitantes de la casa sufrieron grandes pérdidas y por milagro no hubo que lamentar desgracias. Bussato, el célebre pintor escénografo habitaba en uno de los cuartos de la casa incendiada.

Mentira parece que en la capital de España no haya un servicio de incendios ni medio regular. Los bomberos pueden competir con los más bravos é inteligentes pero las mangas se rompen, las bombas no funcionan siempre bien y los aparatos salva-vidas... se compraran cuando haya dinero.

Los periódicos censuran al municipio, pasa el tiempo y continúan las cosas en el mismo estado.

Rafael García Santisteban, el distinguido poeta cómico, sufrió la otra noche en los Jardines del Retiro un ataque cerebral, que le tiene postrado en el lecho y gravemente enfermo.

La prensa diaria que nos tiene al corriente de los grados de calor y del número de pulsaciones de los toreros, aunque sean de los de cuarta fila, cuando sufren una cogida apenas ha consagrado un par de líneas á dar la noticia de la enfermedad del distinguido poeta.

Pero numerosos amigos llenan las listas y acuden á enterarse del estado del enfermo, cuyas obras quedarán como modelos de gracia inteligente y bien educada, aunque hayan pasado de moda como dicen los que visten sus producciones en ropas y á falta de sal y pimienta aderezan sus salsas con alcohol alemán.

Una mamá y su niña armaron la otra noche un escándalo mayúsculo en el paseo de Recoletos. Un joven había prometido á la niña casarse con ella pero á condición de que la boda se celebrase en la Habana. Debían partir por el correo del día 8 y la futura y su mamá supieron que el galán se llamaba Andana.

Con algunos arañazos y en compañía de las dos heroínas fue á la Prevención el mozo, quien en lo sucesivo reflexionará más antes de dar palabra de casamiento.

JULIO NOMBELA.

Colaboración inédita EL NEGRO DOMINGO

(Cuentos para los niños)

Hace algunos años vivía en la ciudad de la Corona un negracho viejo y alto, de cara aplastada, grandes ojos angustiados y tristes que tenían la particularidad de mirar siempre con recelo ó con esa dulce expresión de la humildad propia del mendigo. Había sido esclavo y pue-

de decirse seguía siéndolo; tan solo había variado de esclavitud y huyendo del látigo del capataz al llegar á la Península se hallaba condenado á vivir en la misera condición de proletario; condición que determina la esclavitud de los blancos.

Vagaba por el Canton ó el Parrote, algunas veces se le vela por la playa del Orzan; pero todas las mañanas armado de un saco y un alambre grueso torcido á manera de gancho se dedicaba á rebuscar, á trapear por las calles, pedía limosna tratando á todo el mundo de excelencia ó de señoría y así sacaba para el aguardiente, al que era aficionado y que le producía á veces embriaguez y recogía también algunas sobras de comida; su existencia de parásito de la ciudad se había hecho popular y temible.

Llevaba votas viejas y pantalones casi siempre claros raídos y sucios y un enorme leviton verde botella con botones de todas clases y un sombrero de copa singularmente característico: vetusto, negro, espeluznado, grasiento como él.

Semejante viejo, especie de monstruo que ya no tuviese garras ni dientes, ó que por aparecer tan solo á ciertas horas en la ciudad, á la hora crepuscular cuando los niños van á acostarse, causaba á veces sorpresas de demonio ó de duende; era sin saberlo, un fantasma público: ejercía la magistratura extraña de servir de amenaza; viviente motivo de leyendas fundadas en la tradicional idea de una educación cuyo principio moralizador es el bien.

Desconocía el pobrete su importancia, la significación de su saco y de su gancho. ¿Cómo había de pensar que éste era como el tridente de Satanás, el tenedor con que el diablo pincha en el inmenso plato del mundo para regalarle con sabrosos pecadoncillos? ¿Como había de figurarse que su saco, no de trapos, y huesos y papeles, si no de chiquillos y chiquillas bien repleto iba á vaciarse todos los días al infierno.

Y sin embargo la gente menuda y pecadora, el diminuto pueblo de niños que vivía en la ciudad, todas las caritas risueñas ó lloronas, todos los corazones inquietos, todos los niños traviesos, todas las niñas rebeldes lo sabían: el negro Domingo podía aparecer cuando menos se le esperara enganchando por las enaguillas y braguitas á los muñecos desobedientes y traviesos, al saco y de allí al asadero del diablo. Por supuesto que no faltaba quien añadiese que todas las noches «negro» Domingo y el mismísimo Sr. Lucifer se daban cena suculenta de muslos tiernos, bracteos delicados y sobre todo chiquillos rellenos de mentiras: estos, estos eran los que más les gustaban.

Solía encontrar á veces Domingo en su desvariada marcha callejera pequeños que al verle lanzaban un grito de terror y huían.

Otros chiquillos que sin duda por acreditarse de malos más que el mismo diablo, acometíanle por la espalda; á tirarle de los faldones del leviton, escapaban al ser sentidos y gritando luego á lo lejos:

—¡Pretito do diablo! ¡pretito diablo!

Chiquitines había que al verle palidecían y ocultaban sus caritas aterradas; otros no menos medrosos le miraban y sacando un palmo de lengua le hacían un gesto de odio por manera que el negro solo provocaba miedo y aversión.

Sin que Domingo llegara á conocer verdaderamente en toda la extensión la calumnia y todo lo que acerca de él se decía, llegó á sentirse profundamente despreciado y á profesar una invencible antipatía á todos los muchachos.

Figúrase que cierto día un chiquitín que se hallaba en unas rocas del Orzan,

buscando caracollitos viose de pronto con que la mar había cercado el peñete: subía por allí la marea, blanda, suavemente, el fuerte oleaje dábale más allá, más el niño creyose perdido, comenzó á llorar desesperadamente: y Domingo al verle quitose los zapatos, se arrolló á media pierna los pantalones y metiéndose en el agua se encaminó á coger en brazos al pequeñuelo. Pues bien, entonces el niño al verle sintió mayor terror aún, mayor espanto le producía aquel salvador que el peligro de que iban á salvarle y cuando se vió en los brazos del negro gritó furioso, tirole desesperadamente de los crespos cabellos, le pateó y mordió y cuando el viejo negro hubo de soltarle en la playa el chiquitín huyó despavorido, no de la mar, sino del negracho, del terrible negracho.

¡Cuanta melancolía! ¡que pena tan profunda, causaba éste recuerdo en el corazón del pobre negro!

Ahora bien, una mañana ocurrió una cosa inesperada, sorprendente; una maravilla, un portentoso suceso. Desde un mirador del cual, algunos días, una mano de muger le había arrojado á la calle algunas monedas, vió el viejo que una niña, de poblada cabellera rubia, carita confiada y risueña, le echó con su mano chiquita y ligera como una mariposa y recogiendo de los labios algo con los apañados dedos un beso, un beso que llegó á él que le sintió, que le produjo estremecimiento, sacudida de placer inefable, risa cómica, lloro trágico: aquel ademán fue como la salutación del cielo que le conmutaba, mejor dicho le indultaba de una pena: la de sufrir el odio de los niños.

¡Que alegrón tuvo Domingo cuando á los pocos días vió cerca de sí á la pequeña! Acercese á él confiada y contenta; la niña contempló sonriente la escena, escena que se repitió muchos días.

La niña recordaba á un viejo negro criado que en la Habana, hacia pocos meses había sido su niñero; y Domingo también recordaba á niña Charito, á otra niña hija de sus amos del Cafetal. Anita Charito había sido un consuelo en su esclavitud, y aquella otra era su consuelo en la mendicidad. ¡Ángeles de Dios! Tiempo después los niños que le habían visto jugar con la pequeñita, lo perdieron el miedo. Había sido para Domingo una redentora aquella linda niña. Pero cuando esta salió de la ciudad, el negro siguió la costumbre de ir todas las mañanas á la misma hora y pasar dos ó tres sentado frente al mirador, pensando en su amiguita ausente.

¡Oh, era terrible el negracho Domingo, colega del diablo!

JOSE ZAHONERO

Agosto 1893.

(Prohibida la reproducción.)

COLABORACION INEDITA.

EL CORSE NUPCIAL.

Asunción, la tarde de aquél sábado estaba triste. Ella, la que animaba el taller con su canto, permanecía muda y pensativa... Sus compañeras la miraban de reojo, y unas á otras se decían por lo bajo:

—Asunción está hoy de malas ¿qué le pasará?...

Si ellas supieran que aquella linda maridillita de ojos negros, pelo abundoso y labios de púrpura padecía de mal de amores, á fe que no extrañarían su silencio, ni la maestra, apesar de su avaricia y tacañería, iría á martirlizarla con voz gangosa, para decirle:

—¡Asunción, hoy la costura se retrasa, y el corse de boda que está usted haciendo corre mucha prisa... mucha... Lo necesitan para esta noche.

—¡Estará!—respondía con voz insegura la oficiala.

Y hala que hala, iba Asunción armando aquél bonito corse de raso blanco con flores azules... Y en tanto, los ojos de la corsetera se iban anublando, y llegó un momento en que las nubes de tristeza chocaron entre sí en el hermoso horizonte de su alma, y dos indiscretas lágrimas fueron á caer sobre el raso... ¡Gracias á que ni sus compañeras, ni la maestra, echaron de ver semejantes testigos de dolor, que sinó, á buen seguro que las primeras se habrían burlado y la última puesto el grito en el cielo porque manchaban una tela tan cara!

Aquel corse tan bonito, que era una preciosidad, tenía la culpa del llanto de Asunción...

Os explicaré la historia, así, de prisa, porque hay historias que basan sus climas en la sensibilidad y no tienen más resumen que una lágrima ó un suspiro... Yo no sé aproximadamente la fecha; haría un año, dos, tres, los que queráis, que Asunción tuvo un novio. Un chico que prometía ser una notabilidad, en eso de zurcir comedias, pero que por aquella época era un matahambres que solo tenía bueno el corazón, y que juró sinceramente unir su suerte á la de la entonces aprendiz de corsetera. Ya vé usted, lector, juramentos de esos que se hacen los chicos cuando aún no han visto el mundo más que por un agujero. Pasó el tiempo; Asunción era muy feliz, mucho, con aquel su D. Juan, que la servía de escudero al salir del obrador, la llevaba los domingos de paseo, la convidaba de bigos á brevas al teatro, ó bien á probar el problemático moka que sirven en esos cafés que son muy obscuros en los que se duermen los mozos recostados en una columna... Y tenía Juanito Pérez, que así se llamaba el Abelardo, tal torrente de poesía para su Eloísa de pafuelo á la cabeza, que ¡vive Dios! no es de extrañar que la corsetera, allá en su lecho, á las altas horas de la noche, soñase con ser la esposa de un futuro autor dramático, que arrancaba á los labios de ella toda la inspiración de su prepotente ingenio.

Una aprendiz se lo había dicho, así de sopetón, como suelen decirse por las gentes desprovistas de sensibilidad las malas noticias:

—Asunción, me he encontrado á tu novio Juanito, y como yo le preguntase porqué no venía á verte, me ha dicho: «Bah, bah, se cree esa tontería que todos los tiempos son iguales... Dile que he estrenado una comedia, y que ya no me verá más, porque estoy muy atareado... Ea, abur,» y con muy mal gesto se ha apartado de mí... Te advierto que va muy elegantón, con *chistera* y toda la penna.

El tiempo, según dicen por ahí los prácticos, es la mejor goma de borrar que existe; pero es una goma muy mala á juzgar por los desperfectos que causa y los recuerdos que deja revivir en el corazón de esas siempre vivas del sentimiento. Asunción adoraba á su Juanito, creía en él, todo lo esperaba de él, y así, de golpe, cobardemente, él la había despreciado; de un soplo había deshecho un palacio de ventura construído Dios sabe á costa de qué promesas y dulzuras para lo porvenir... Y todo por un cambio de fortuna... ¿Qué diría el mundo, qué la historia, si el *celebrísimo* autor dramático D. Juanito Pérez se hubiese casado con una misera corsetera?... ¡Era lógico lo que la ocurría á Asunción y no había para qué llorar, entristecerse, ponerse mala y frugar planes sombríos!... Nada de eso... pero... el corazón es insondable.

Parecía habérsele olvidado á la obrera la herida que le causó el desen-